



# CAZA Y PESCA

1.º de Febrero de 1917

Año VII.—Núm. 139

**SUMARIO:** Desengaño, por *Raimundo Dolz*.—Una adhesión, por *Jorge Eckert*.—El Don de César, por *Arnaldo de España*.—Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos (continuación), por *Eduardo de Lete*.—Hojeando revistas: Como se va á cazar á Africa.—Mesa revuelta: Nuestra Asociación. Ejemplo que imitar. Necrología. Notas deportivas.

(No se devuelven los originales.)

## DESENGAÑO

Te confieso, lector, que al escribir este artículo me encuentro dominado por la impresión más amarga que puedas suponerle; te confieso asimismo que nunca esperé llevarme un desengaño como el que he sufrido; pero todo esto que te digo es real, lo he sentido muy de cerca, y se impone decirlo con la fuerza incontrastable de los hechos, y con nadie mejor que contigo he de confesarme, aunque seas tú el primer culpable de mi desengaño.

Hace mucho tiempo que entre vosotros se habla de la necesidad de constituir la Federación; desde que germinó esta idea la habéis considerado como vuestra única salvación; firmados por los más entusiastas se han publicado en las columnas de esta Revista, artículos muy profundos y meditados que revelaban el noble deseo de sus autores, fueron muy celebrados por cuantos los leísteis, y en este estado se quedó todo; la calma del abandono os envolvió con su manto, y de nuevo fuisteis dominados por la apatía y la indiferencia sumiándoos en el letargo de la inacción.

En una palabra, parece que os faltaba el entusiasmo necesario para esta clase de obras, y que al hablar de Federación se trataba de algo que á vosotros no se refería y lo mirábais con la frialdad con que se mira lo que pertenece y beneficia á causas ajenas.

Todo esto lo sabía yo, conocía vuestra indiferencia—permitidme la frase en honor á mi entusiasmo—; pero se me resistía el creerlo, y en mis ensueños de enamorado por esta causa encontraba algo que disculpaba la actitud que observábais, y bajo la impresión del cercano triunfo publiqué mi primer artículo, malo como mío, pero reflejo fiel de mi sentir, que será acertado ó no; pero que, desde luego, era la noble expresión de mi pensar.

Yo esperaba que lanzada al viento la semilla encontraría, sin duda alguna, terreno apto para fructificar, que el hasta entonces desierto campo federativo, se vería convertido en breve plazo en florido vergel, que cada cazador ó pescador sería un apóstol de esta idea, que donde anidó la



indiferencia surgiría el entusiasmo, que como un solo hombre responderíais todos al llamamiento de nuestros actos en pro de tan elevado ideal; pero no, me he equivocado, soy un fracasado en mi campaña, con la que no he logrado hacer un eco de opinión favorable que diera alientos y pujanza á la constitución rápida de la Federación.

Puedes creermelo, lector, que al decirte todo esto, tan claro, tan escueto, tan cierto, soy yo el primero que sufre, el que lamenta más tenértelo que decir, porque como te dejo dicho, he sufrido un desencanto inesperado que ha helado de espanto mi alma, y no te extrañe que así sea, pues cuanto más pienso en ello menos se alcanza su comprensión á mi inteligencia; pues ¿para quién serán los beneficios que reporte nuestra empresa?, para nosotros: si esto es así, ¿cómo compaginar esta indolencia de los que en lo futuro han de ser favorecidos por sus utilidades?

Cuando expuse en estas columnas mi programa sobre Federación, trabajo deficiente, pero que iniciaba una pauta, un programa sobre lo que debía ser y su desarrollo, tenía el convencimiento, de que alguno de los decididos partidarios de ella aportaría su opinión valiosa, haría las observaciones que creyese oportunas, y de entre todas ellas, entresacaríamos lo más acertado y formaríamos el esquema de nuestra obra, que pronto dejaría de ser una fantasía, para convertirse en algo tangible y real; pero no, todos han permanecido en el más absoluto silencio á pesar del tiempo transcurrido y estamos como antes, soñando con la Federación y no despertando nunca de este sueño, que, por qué no decirlo, es mucho más vergonzoso que abandonarlo, pues con ello damos ejemplo de un incalificable abandono de nuestras causas y una resignación poco confortable con nuestra actual situación, que dista mucho de ser lo halagüeña y próspera que debiera, dada la importancia que tiene el ejercicio del sport de la caza y la pesca. Pero no culpemos á na-

die, somos acreedores á esta postergación en que nos vemos, pues si nosotros empezamos por no ser defensores de nuestros ideales, no nos ha de extrañar el que los demás miren con frialdad nuestras súplicas, que siempre van desprovistas de la fuerza que da la unión.

Lo que más amarga mi alma, es que voluntariamente desistáis de llevar á feliz término una obra, que se gana por sí sola, que está tan entrañada con la justicia, que su sola enunciación es bastante para su triunfo, y analizada, no habrá quien vacile en apoyarla por la lógica que encierra su deseo de existir.

Al no ampararla nosotros, quienes hayan seguido paso á paso nuestra débil compañía, habrá sacado la consecuencia de que somos los primeros que sentimos desaliento y éste sólo se produce en las empresas faltas de razón y desprovistas de sanos cimientos. En una palabra, la Federación sino se hace es porque así lo queréis vosotros, que la concebís sin el calor necesario para que pueda tener vida propia.

Pero no, es preciso que á toda costa, venciéndonos en nuestra apatía, despertando de este profundo letargo, coadyuemos todos á la formación de tan ejemplar y salvadora empresa; mi pobre inteligencia y mi voluntad de hierro, está á vuestra disposición y al servicio de esta causa, exponed vuestras competentes opiniones y de entre ellas saldrá esplendorosa y fuerte, como la misión que ha de llenar en esta vida social, la anhelada y necesaria Federación, cuna de nuestro progreso y muralla de nuestra defensa.

Confío que así será, pues para nosotros laboramos, y sólo á nosotros nos reportará sus beneficios la creación de tan magna y transcendental obra.

RAIMUNDO DOLZ.

---

**Monte de caza.** Casa de Eulogio. Estación de Vaciámadrid. Se dan acciones para dos escopetas en 300 pesetas. Dueño, D. Ildefonso Gómez.

**Conde de Romanones, 8.**



## UNA ADHESIÓN

Con harto pesar y disgusto me entero por CAZA Y PESCA de los insignificantes progresos que están consiguiendo los trabajos para llegar á la tan discutida y deseada Federación, debido al retraimiento en que están sumidas las sociedades de cazadores é instituciones análogas.

A mi pobre entender y saber debe distinguirse entre aquéllas que tienen vida propia contando con respetables ingresos y las que no poseen esta cualidad, existiendo en su mayoría en los distritos rurales, cuyos ingresos son insignificantes.

No es comprensible el retraimiento de las primeras, á no ser que su principal y real finalidad se halle en discrepancia con su denominación. Consideraciones de orden económico podrían ser causa de la reserva de las segundas—de alguna me consta que verdaderamente lo son—debido á la incógnita que representa la importancia de la subvención que se les asignará para contribuir á los gastos preparatorios y de la Federación.

El objeto de estos mal trazados renglones es contribuir á que sean conocidas de todos las condiciones en que vegetan las Sociedades de los distritos rurales, y estimular á quienes incumbe para que esclarezcan la incógnita de esas subvenciones, confiado de que se hallará la solución que permita á ellas adherirse á la Federación.

Las Sociedades de los distritos rurales, comunmente llamadas «de provincias», son infinitamente más numerosas que las de otra categoría y suelen ser creaciones de impetuosa necesidad, ya que la desaparición de las especies de caza amenazaba á los aficionados de conciencia tener que renunciar al ejercicio de la caza. La mayoría de estas sociedades cuenta con menos de un centenar de socios que satisfacen una cuota que muy rara vez pasa de 3 á 5 pesetas anuales, cuyo producto es invertido

íntegramente en el pago de Guardas Jurados que salen los días festivos durante la veda, en premios para la conservación y salvación de las crías de perdices y conejos y en la repoblación de la caza. Obran en unión con la Guardia Civil y procuran asegurarse su colaboración, ya que la falta de medios les dificulta poder perseguir delante de los Tribunales á los infractores de la Ley de Caza, á quienes generalmente no les falta el amparo de poderosas influencias políticas. Suelen solicitar de los Gobernadores civiles por mediación de las Alcaldías autorización para organizar en tiempo de veda batidas contra los animales dañinos para ofrecer un aliciente á sus socios y atraerse otros, ya que el número de concienzudos aficionados á la caza es más limitado de lo que muchos se creen.

Como se desprende del arriba indicado motivo de la fundación de estas Sociedades, su objeto principal es velar por la observancia de la Ley de Caza y debido á ello suscitan el antagonismo de los cazadores furtivos y poco escrupulosos, antagonismo que con frecuencia llega á ser sumamente molesto y á dificultar que se hallen personas dispuestas á ocupar los principales cargos de las Juntas Directivas; antagonismo que, en cambio, constituye la capital ventaja y eficacia de estas Sociedades, pues debido á él, asociados y no asociados se vigilan mutuamente, dando por resultado que ambos grupos respetan la veda y en ninguna época del año se emplean medios ilícitos para cazar.

Dada la escasez de sus recaudaciones y los sacrificios que se imponen para fomentar la caza, salta á la vista que las Sociedades de los distritos rurales pueden únicamente contribuir en forma limitada á los gastos de la Federación. Pero parece constituiría un error grave é imperdonable, si por ello la Federación las echase



de menos, tanto más que ellas están haciendo labor utilísima en beneficio de la afición cinegética y estando dentro de la Federación y no hallándose limitados en su acometida por consideraciones de orden económico ellas se encargarán mejor

y con más éxito que ninguna otra institución de llevar á cabo los designios de la Federación en lo que se refiere á hacer respetar las prescripciones de la Ley de Caza.

JORGE ECKERT

## EL DON DE CESAR

C U E N T O

Toda historia tiene algo de novela y toda novela tiene algo de historia.

Del C. DE F.

### I

César Castaños era un muchacho modesto.

Desempeñaba un destino sin importancia en una compañía de ferrocarriles y á pesar del mucho tiempo que llevaba de servicios, sus aptitudes no daban de sí.

La chifladura es patrimonio de la humanidad y César, como mortal, tenía la suya.

Era su preocupación constante el no tener «don».

No había cursado estudios en ningún centro docente oficial; carecía de títulos profesionales y no reunía, en fin, ninguna condición que de derecho se lo otorgase.

Comprendía perfectamente su obsesión, y decía á sus amigos:

—Cierto que es exagerada y tonta mi preocupación, una manía, pero ¿qué queréis? No puedo remediarlo. Me preocupa grandemente. Cada vez que recibo una carta, leo el sobre con desconsuelo. «Señor don César Castaños...» Ese don no es mío, no me pertenece. Me lo ponen por rutina, pero no tengo derecho á él.

—Deja esas tonterías—respondíanle amigablemente.—Ya no estamos en aquellos tiempos antiguos en que se desdénaba abiertamente á los que carecían de dones y pergaminos. En estos tiempos hermosos de democracia, no hay jerarquías. Lo único que nos diferencia es el dinero; por lo demás, todos somos iguales.

—Sí, ya lo sé, pero no me satisface. Si retrogradásemos á esa época de que hablas, yo sería César á secas y no, como quiero, don César. ¡Qué bien suena! ¿Verdad?

Este era el final de todas las conversaciones.

En vista de que nada conseguían, sus amigos le abandonaban por incorregible.

### II

Un día César peroraba con orgullo ante un nutrido corro de amigos.

—Así fué—decía.—Íbamos de caza una mañana muy tempranito. Habíamos salido de Madrid la noche anterior, pernoctando en casa del guarda, y de madrugada salimos al monte.

No tengo que relataros la emoción inmensa de esa salida.

Al Sol le faltaba mucho tiempo para manifestarse. Los tomillos y romeros perfumaban el ambiente, y el día claro, de gran placidez, despertaba verdaderamente hermoso. Era una dicha encontrarse á esa hora en pleno campo.

Nos repartimos por el monte los cazadores, siguiendo cada uno una ruta caprichosa y distinta. Yo seguí un camino paralelo á la Casa de Campo por cuya tapia saltaban los conejos libremente.

Embriagado con el oxígeno puro que respiraba, perfumado con mil aromas cam-



pestres y más entusiasmado por el espectáculo espléndido de la Naturaleza que por la fiesta cinegética que había comenzado, avanzaba respirando muy fuerte. ¡Cómo se ensanchaban los pulmones!

De pronto oigo un tiro y simultáneo un grito humano. Paré inmediatamente sin saber qué hacer. No veía á quien disparó ni á la persona que dió el grito, ignorando al mismo tiempo las causas que le motivaron. Rápido supuse se había herido involuntariamente á alguien. ¿Qué resolver? ¿Cómo prestar auxilio á una persona que no sé donde está, ni cómo avisar á otra que tampoco sé donde se encuentra, del peligro de seguir disparando? Yo también estaba expuesto en aquel sitio, así que me rehice y dando voces prolongadas para demostrar mi presencia á los que estuvieran próximos, buscaba por el suelo sin cesar al herido que debía de haber.

Di varias vueltas, pasando varias veces por el mismo sitio y, por último, rendido y preocupado, encontré á un cazador, ajeno a la partida, furtivo al parecer, que yacía en un charco grande de sangre.

Sus manos en actitud de arrancar la ropa del pecho, estaban teñidas de rojo. La hemorragia era enorme. Si tardo más en llegar, aquél desgraciado hubiera muerto de fijo.

Restañé la sangre como pude, mojando mi pañuelo en la cantimplora.

Lo puse en las heridas después de rasgar la ropa, y con mil trabajos me cargué á la espalda aquel infeliz que parecía muerto y emprendí el camino de la casita del guarda.

Estaba sola la hija que, alarmada por el extraño grupo que formábamos el herido y yo, daba gritos llamando á su padre; nadie contestó al llamamiento. ¡Estarían tan lejos!

Un médico era lo urgente para salvar al que seguía en mis espaldas sin dar señales de vida.

Sin pararme casi á pensarlo decidí continuar con la carga hasta el pueblo próximo.

Subiendo y bajando riscos, dando traspies y resbalones y sin descansar, anduve cinco kilómetros eternos hasta que llegué á casa del doctor.

Varias veces estuve á punto de dejarme caer con mi carga porque no podía continuar; pero no era la reposición de mis fuerzas ni mi descanso lo perentorio, era la vida de aquel hombre que peligraba y que dependía precisamente del tiempo que empleara en ese descanso mío por pequeño que fuera.

Haciendo esfuerzos inauditos seguí mi camino y así llegué al pueblo.

Antes de entrar en la plaza se agotaron mis energías y caí desvanecido.

La gente, según me contaron luego, se arremolinó, y haciéndose cargo inmediato de la gravedad de la situación, nos transportó á casa del médico.

Este atendió al herido y á mí me dieron reactivos unas mujeres, recobrando de este modo el conocimiento.

El médico consiguió reanimar algo al herido, y sobre todo obtener el pulso y cortar la hemorragia, que aunque aminorada no cesó durante la caminata.

Le conté cuanto había sucedido y me aseguró que por muy pocos minutos no perdió la vida el herido. Que yo le había salvado; pues de no llevarle al pueblo hubiera muerto sin remedio.

La noticia cundió por el pueblo con rapidez. Llegó á oídos de personas influyentes de la localidad, que basadas en lo que ellas llamaban «mi heroísmo», me propusieron para una condecoración. Y, en efecto, aquí tenéis la Real orden concediéndome por mi hazaña la cruz de Beneficencia.

—¡Te felicitamos, chico! Posees una de las cruces más codiciadas y simpáticas, porque ella es testimonio de que has prestado un buen servicio á la humanidad.

—Agradezco y admito vuestra felicitación; pero puedo aseguraros que mi dicha no estriba en la cruz.

—¿Pues dónde?



—En esto. ¿Veis el título? Es por Real orden, y desde este momento tengo don. Soy D. César Castaños...

La inocente preocupación de Cesar desapareció al fin.

Había salvado la vida á un semejante, y la satisfacción que esto le producía no era

nada en comparación con la que le proporcionaba el don que había ganado por su caridad.

¡Misterios del cerebro humano al que preocupan las nimiedades!...

ARNALDO DE ESPAÑA

Enero 1917.

## Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos

(CONTINUACIÓN)

Escopetas de repetición y automáticas.—Calibre.—Longitud.—Peso.—Extractor y espulsor.—Resistencia ó peso de los disparadores.

ESCOPE-TAS DE REPETICIÓN Y AUTOMÁTICAS.—Brevemente he de ocuparme de estas armas, cuya aparición en el mercado es relativamente reciente.

De 1893 data la patente de la escopeta Winchester, con depósito tubular que puede contener cinco cartuchos, más uno en el cañón, requiriendo el mecanismo de extracción y el transportador que aquéllos sean de longitud mínima normal de 0,65 centímetros. El obturador oscilante realiza la carga y descarga, merced al movimiento que la mano izquierda imprime á la corredera, que acciona la barra motriz de obturación.

Más tarde, esta misma tan importante como conocida casa puso á la venta su escopeta de carga automática.

En 1895, en el escaparate de un armero fabricante de París se exhibió por primera vez la escopeta automática CLAIR, perfeccionada en 1900, cuya descripción hice en la excelente revista deportiva *A Caça*, de Lisboa.

A pesar de que su procedimiento de carga es más sencillo y fácil que el de otras armas similares, y de tener el depósito de cartuchos en la culata y ser éstos ocho, se ha extendido poco por ser su precio de 600 francos, debido este alto coste á que su fabricación es realizada en su mayor parte á mano, en tanto que la Browning y otras

de una manera completa son fabricadas mecánicamente, oscilando sus precios de 150 á 200 francos.

Hacia 1904, hizo su aparición la escopeta automática Browning, que funciona obedeciendo al mismo principio que rige la pistola del mismo nombre.

La fuerza de expansión de los gases, que acciona hacia atrás, es utilizada para llevar á cabo cuantos movimientos tendría que ejecutar el tirador, ó sea la apertura del mecanismo, la expulsión del cartucho disparado, la introducción del nuevo en la recámara y la obturación ó cierre de ésta, lo que supone rapidez y ahorro de esfuerzos, al par que una determinada absorción de la reacción del arma ó retroceso.

Tales escopetas no tienen aplicación alguna á la caza llamada *en guerra galana*, vulgarmente á *la andada*, tanto por el peso mayor de dichas armas cuanto que prácticamente es imposible hacer un tercer disparo eficaz á un bando de perdices, dada la distancia que éstas ganan rápidamente, ya casi próxima al límite máximo jurisdiccional de tiro, cuando levantan su ruidoso vuelo.

Muy restringido es el campo de uso práctico de las armas automáticas de caza, las cuales tienen su especial escenario en las grandes batidas efectuadas á ojeo en esas vastas propiedades, que más bien son espléndidos parques de caza, en los que llevan á cabo fantásticas matanzas los privilegiados de la fortuna.



Pueden también tener provechosa aplicación en las cacerías de aves acuáticas ó en las de espera del paso de las mismas, que suelen efectuar en grandes bandos, contra los que puede prestar excelentes servicios el rápido automatismo de los disparos.

EL CALIBRE se designó de antiguo por el número de balas esféricas del mismo diámetro del cañón contenidas en una libra de plomo. Así, 12 para el calibre 12, 16 para el 16, etc. Si bien anticuada esta clasificación, tiene la gran virtud de indicar la carga normal de plomo que conviene á cada calibre, que en cada caso es igual al peso de la bala esférica. Como los más en uso son el 12 y el 16, á ellos me referiré diciendo, que el primero es igual á 18 milímetros 4, y el segundo á 17 milímetros 1.

Es de gran importancia indicar que las presiones en los calibres pequeños 20, 24 y 28, no crecen proporcionalmente á la reducción del diámetro del ánima de los cañones, sino de modo muy irregular, al propio tiempo que con tal violencia, que fácilmente se rebasaría el límite de resistencia normal prevista para las pruebas oficiales.

Las desgracias ocurridas con estas armas, expresa un armero de París, han sido causadas por considerarlas como propias para damas y niños, y no exigir de ellas por tal razón la suma de perfecciones y robustez, que son más necesarias que en los grandes calibres.

El muy sabio ingeniero M. Vieille, especialista en materia de pólvoras, ha demostrado en recientes estudios el hecho del aumento anormal é irregular de presiones en los pequeños calibres.

No estará de más añadir que así como con las cargas usualmente empleadas, la presión en los calibres 12 y 16 es de 575 y 560 atmósferas por centímetro cuadrado, en los calibres 20, 24 y 28 es de 640, 675 y 720 respectivamente.

De las anteriores consideraciones se desprende lógicamente que el alcance eficaz aumenta y la presión disminuye á medida que el calibre crece, lo que recomienda el uso de calibres mayores, el 12 sobre to-

dos, como el más adecuado para todo género de caza y de terrenos, y buena prueba de ello es que la proporción de escopetas en uso entre el calibre 12 y el 16 es de 500 á 1, siendo cada día esta diferencia más considerable.

LA LONGITUD de los cañones no deberá ser menor en ningún caso de 65 centímetros, teniendo en cuenta, como principio general, que las pólvoras vivas permiten el uso de cañones más cortos que las *coloidales*, cuyo arder es progresivo y lento.

EL PESO DEL ARMA está forzosamente ligado con el calibre, y después de numerosos estudios y ensayos se ha llegado á la conclusión de que el peso mínimo de un calibre 12, debe ser el de 2,900 kilos y 2,600 el del 16, siendo el máximo en cada caso el de 3,285 y 2,945 con cañones de 71 á 76 centímetros.

En términos generales balísticos, los cañones cortos no pueden producir los mismos efectos que los largos, por la misma razón que la carabina Mauser se considera como el fusil estropeado, la que á pesar de emplear el mismo cartucho tiene diversas características y hay que valerse de alzas diferentes.

Un término medio de 70 á 72 centímetros es el más indicado, pues su rendimiento es casi el mismo que los de 76 ó algo más largos, siendo, en cambio, más cómodos de manejo para los movimientos rápidos de apuntar.

Es, además, su peso menor y su ángulo de tiro difiere poco del de los más largos.

Es, claro está, condición *sine qua non* que se acomoda á las condiciones personales del cazador llamado á hacer uso de ellos, tanto en cuanto á su talla como en cuanto á su vista.

Los cañones de 76 á 80 centímetros convienen á los que poseen una vista buena, así como á los présbitas y, por otra parte, dan el máximo de concentración y penetración, y por ello tienen especial indicación para el tiro de pichón.

Por las razones ya dichas anteriormente, creo conveniente dar á conocer la ta-



bla comparativa de las velocidades iniciales, obtenidas con una misma carga con cañones de longitudes diferentes:

	Pólvora negra	Sin humo
Cañón de 0,86.....	312 metros.	341 metros.
» 0,76.....	290 »	329 »
» 0,66.....	275 »	327 »
» 0,56.....	270 »	295 »

**EXTRACTOR Y EXPULSOR.**—El extractor es una pieza única para los dos cañones, sobrado conocido para descripto, que alojado debajo y entre las recámaras á las que se acopla, emerge al oscilar los cañones, merced á la presión que el casquillo ejerce sobre el eje ó espiga de aquél, el cual arrastra consigo fuera de las recámaras los cartuchos próximamente un centímetro, lo que permite extraerlos rápidamente sin la ayuda de instrumento alguno.

Mas las necesidades de la caza moderna y la costumbre adoptada por la moda de llevarla á cabo por medio de ojeos, que precisa rápidos movimientos y disparos constantes y repetidos, ha requerido mecanismos automáticos que ahorran tiempo y los movimientos necesarios de descarga manual.

A tal necesidad responde el expulsor automático, establecido de modos diversos por los más conocidos fabricantes, pero basados todos en el principio formulado por Needham.

El antiguo extractor común á los dos cañones fué dividido en dos en el sentido vertical y cada una de dichas mitades posee una acción automática independiente, producida por el movimiento de báscula y corresponde á cada platina y á cada cañón, de tal suerte, que sólo es expulsado el cartucho vacío si uno solo de los cañones hizo fuego.

La mayor parte de los expulsos, debidos á los grandes fabricantes, se componen de dos piezas alojadas en el casquillo ó pieza de madera delantera. Robustos y sencillos en general, son el complemento del arma moderna de caza, que bajo este

nuevo aspecto se iguala á una de las características de las armas de guerra.

Será superfluo manifestar que para facilitar esta función automática, es preciso usar, si no cartuchos especiales, que los hay, por lo menos los de calidad superior.

**RESISTENCIA Ó PESO DE LOS DISPARADORES.**—Este es un detalle al que no da importancia alguna la mayor parte de nuestros cazadores, y los fabricantes peninsulares no se han dignado todavía conocer la opinión de sus clientes respecto de este punto que, como todas las partes del arma, requiere particular atención.

Lo más conveniente es que el disparador del cañón derecho, ó sea el delantero, ofrezca una resistencia á la presión de 1,800 kilos, y el izquierdo ó posterior de 2,750 kilos, y si bien han sido fabricadas armas en que esa resistencia ha llegado á 4 kilos, ha sido por motivos excepcionales y personalísimos.

Una menor resistencia que el promedio indicado es de uso peligroso, sobre todo cuando se trate de temperamentos nerviosos, porque se corre el grave riesgo de que los tiros partan inadvertidamente, siendo el menor el de érrar la pieza, pues á mayores y más serios daños pudiera conducir. Lo contrario, ó sea un peso exagerado ó resistencia de los disparadores, hace que el tiro no se produzca cuando la voluntad lo determina, siendo su efecto que el tiro se coloque bajo ó trasero respecto de la pieza apuntada.

Uno de los defectos de las armas sin percutores visibles de precios bajos indicadas oportunamente, es el de que la resistencia á que me vengo refiriendo se hace irregular con el uso, haciéndose los disparadores demasiado suaves, por desgastes ó desajustes interiores en el eje de los percutores ó en otras piezas; y más de una vez impurezas exteriores ó grasas acumuladas en las muescas de la nuez de dichos sistemas *bon marché* han dado lugar á lamentables sorpresas.

EDUARDO DE LETE

(Continuará.)



## HOJEANDO REVISTAS

## COMO SE VA A CAZAR A AFRICA

La expedición cinegética de Roosevelt al Africa oriental, que tanto dió que hablar á la prensa Europea es cosa que está al alcance de cualquiera, con solo ser buen tirador y tener algún dinero de sobra. El viaje al famoso Continente Negro no es ya lo que era hace cincuenta años. Antes de Roosevelt, aunque sin tanto bombo, lo habían hecho ya numerosos *sportmen* ingleses, americanos y hasta españoles.

Las excursiones de caza á aquellas regiones se hacen hoy por medio de una agencia.

La casa Newland, Tarletor & Co., de Nairobi (Africa Oriental Inglesa), se encarga de organizar la caravana, proporcionar la licencia de caza y facilitar todo cuanto para la expedición se necesita, por la suma de 2.500 francos mensuales por excursionista. En esta cantidad no se incluye el coste de de las armas, de la ropa, ni de las caballerías, todo lo cual corre de cuenta del consumidor.

La mejor época para la excursión es el invierno. La primera parte del viaje, hasta Mombaza, en la costa de Africa, vía Suez y Aden, se puede hacer en los vapores de las Mensajerías Marítimas ó de la compañía del Africa Oriental Alemana; lo más práctico es valerse de la agencia Cook, que siempre proporciona un pasaje algo más económico. El viajero hará bien en no llevar consigo más que las armas, la ropa y las cosas más indispensables, pues todo artículo introducido en el país paga un derecho de entrada del 10 por 100 de su valor.

Como armamento son necesarios por lo menos, un par de rifles para caza mayor, y una escopeta. Para tres meses, pueden llevarse 500 cartuchos para esta última y 800 para los rifles, de los cuales,

300 por lo menos deben ser de bala explosiva. En cuanto á la ropa, hay que llevar trajes de dril ó de khaki para de día, y de paño para de noche, porque en Africa, después de puesto el sol, sopla un vientecillo fresco que nada tiene que envidiar al que en las noches de Febrero nos envía el Guadarrama á los madrileños. Por cubrecabezas el salacot ó un sombrero de ala ancha.

Una vez en Mombaza, se toma el tren de Nairobi. Por el camino se ve ya abundante caza á un lado y otro de la vía; pero está terminantemente prohibido hacerle fuego desde el tren.

En Nairobi, la caravana, ó *safari*, como se le llama en el país, espera ya la llegada del que ha de ser su amo. Compónese de gran número de indígenas, destinados á toda clase de servicios, desde escopeteros á porteadores; porque como en aquella región abunda la mosca *tse-tse*, de picadura mortífera para los caballos y los bueyes, el papel de bestia de carga es desempeñado por el hombre. Generalmente, se procura que el personal del *safari*, en vez de ser todo de una misma tribu indígena, represente muchas tribus diferentes, y á ser posible enemigas; de este modo no hay nunca la unión indispensable para cometer actos de insubordinación, y la emulación hace que todos cumplan bien.

Un *safari* para dos ó tres excursionistas comprende, por término medio, el siguiente personal: un *neapara* ó jefe, que lleva sobre sí todo el peso de la caravana, y evita á los europeos la molestia de entenderse con sus hombres; dos ó tres escopeteros; otros tantos *tent boys* ó ayudas de cámara para el servicio de la tienda, tres ó cuatro *askaris* ó soldados, y de 40 á 60



porteadores, que llevan consigo una treintena de chiquillos para ayudarles á cargar y para servirles. Excepto estos chicos, que corren de cuenta de los porteadores, el resto de la caravana cobra un sueldo de la compañía organizadora. El que más gana es el jefe ó *neapara*: 75 rupias al mes (una rupia vale unos siete reales). Cada escopetero cobra casi otro tanto, al cocinero se le pagan 50 rupias, y los porteadores ganan 10 rupias mensuales si pueden llevar á hombros treinta kilos de peso, y sólo cuatro rupias cuando no cargan más de veinte kilos. Además, cada hombre lleva consigo sus raciones de arroz, té, azúcar, harina y manteca, á lo que se añade la carne de las piezas cazadas.

Los *askaris* son empleados de la compañía, generalmente suailís ó sudaneses, antiguos soldados al servicio de Inglaterra, que se encargan de mantener el orden en la caravana, de vigilar en los campamentos, de administrar justicia, castigando á los holgazanes ó desobedientes, etc. Al mismo tiempo, esta especie de polizontes cuidan, aunque sin hacer ostentación de ello,

de que los cazadores cumplan las leyes de caza; porque en el África Oriental inglesa, estas leyes son muy severas, estando encaminadas á evitar matanzas inútiles y á impedir que se extingan especies interesantes.

Si el viajero europeo no gusta de largas marchas á pie, puede adquirir por su cuenta las jacas ó las mulas que necesite. Las jacas, que valen de 600 á 900 rupias cada una, son más ligeras y sirven para cazar á la carrera; pero las mulas son más sobrias, resisten mejor la picadura de la mosca *tse-tse* y, sobre todo, son más baratas, costando sólo de 400 á 500 rupias.

A más de cuanto llevamos dicho, pueden darse al cazador africanista algunos consejos que hará muy bien en seguir; que dedique al descanso el centro del día, que no beba agua sin filtrarla, que jamás se bañe á las horas de calor, sino sólo á la caída de la tarde y nunca con agua fría, etc., etc. Pero todo esto ya cuidará el *neapara* ó jefe de advertírselo al viajero á tiempo de que no incurra en ningún error que pudiera acarrearle enfermedades ú otros peligros.



## Mesa revuelta



La Sociedad de Cazadores de Valencia «La Cinegética», ha celebrada su Junta general reglamentaria para aprobar la gestión del pasado año y elegir nueva directiva; ésta quedó constituida de la forma siguiente:

Presidente, D. Emilio Sarzo; vicepresidente, D. Enrique Casans; secretario, don Ramón Carbonell Escribá; vicesecretario, D. Francisco Salvador Monfort; tesorero, D. Esteban Domingo; contador, D. Manuel Lorea Bataller; mantenedor, D. Luis Cervera Aviñó; vocales, D. José Gil Roca, don Rafael Ferrando, D. Vicente Ponce, don Manuel Giner Matoses, D. O. Martín Folgado, D. Alberto Moreno, D. Vicente Oli-

ver, D. José Villaplana Cucó, D. Máximo Villena, D. Manuel Marco, D. Pascual Campillo Alcalá y D. Ramón Mateu.

De esta Sociedad, cuyo entusiasmo y constancia en pro de la caza todos conocemos, esperamos nos preste su valioso apoyo para realizar la labor federativa.

Contamos con él y de la misma Junta solicitamos su acertado concurso.



El Ilmo. Sr. Director general de Agricultura, Minas y Montes, ha tenido la atención de enviarnos un ejemplar de la obra que con el título de *Hojas Divulgadoras* ha



impreso esta Dirección, para repartirlo gratuitamente á los labradores, difundiendo entre ellos la cultura profesional y los conocimientos económicos.

Cuanto de esta obra se diga resulta pálido con la lectura de su texto, de manera maestra y demostrando gran competencia en las múltiples cuestiones agrícolas que trata; sólo diremos á nuestros lectores que es muy útil y educativa su lectura.

CAZA Y PESCA expresa desde sus columnas su agradecimiento al Director general de Agricultura por la atención que ha tenido con nosotros al enviarnos tan notable obra.

### NUESTRA ASOCIACIÓN

El día 30 del pasado Enero celebró nuestra Asociación general de Cazadores y Pescadores su Junta reglamentaria, en la que se aprobó por unanimidad la Memoria presentada por la Directiva y otros varios proyectos, que por el noble fin á que van encaminados, merecieron entusiastas plácemes.

En números sucesivos daremos á conocer á nuestros lectores la Memoria, así como el plan que en defensa de los intereses de la caza y pesca va á seguir la nueva Junta Directiva, que ha quedado constituida en la forma siguiente.

Presidente: Excmo. Sr. Marqués de Ibarra.—Vicepresidentes: D. Pedro Sáiz de Baranda, D. Gregorio Martínez, D. Sebastián Moro, D. Luis Helguero.—Secretario general: D. Alfredo de Castro.—Vicesecretarios: D. José Torrecilla, D. Diocleciano Llorente, D. Julián Ruete, D. Julio Laborde.—Tesorero: D. Lucio Ramírez.—Contador: D. José Arauna.—Bibliotecario: don Emilio Yllá.—Vocales: D. Juan M.<sup>a</sup> de Conde (Nato), D. Juan Morales de Peralta (ídem) D. Ramiro Molina, (ídem) D. Celestino Tejado, D. Eulogio Noqué, D. José Porriños D. José M.<sup>a</sup> de Aspiunza, D. Valentín

de Madariaga, D. Angel Marfarré, D. Narciso Perlado, D. Bruno Espejel, D. Alfredo Angel Herreros, D. Romualdo de Madariaga, D. Emilio Minuesa, D. Pablo A. Palacio, D. Mariano García Acajarín, D. Isidro Paéz, D. Eladio Hernández, D. Manuel Dueñas, D. Martín Navazo, D. Antouio de Pablo, D. Manuel Fernández Mayo, D. Aníbal García, D. Agapito Moreno, D. Isidro Fernández Calderón, D. Manuel L. Llopis, don José Valdívieso, D. Antonio Marzo, D. Pedro Echaníz, D. Raimundo Dolz.

### EJEMPLO QUE IMITAR

La Sociedad de Cazadores, «El Fomento» de San Feliú de Guixols (Gerona) ha dirigido atento oficio á esta Asociación dando cuenta del nombramiento de nueva Junta Directiva, constituida por los siguientes señores: Presidente, D. Jorge Eckert; Vicepresidente, D. Joaquín Más; Secretario, D. Jesús Vilarch; Vicesecretario, D. Luis Bussot; Tesorero, D. S. Soler Battle, y Vocales, D. Pedro Salvador, D. Joaquín Illas, D. Primo Soler y D. Salvio Domenech.

Al dar cuenta de ello pone en nuestro conocimiento, también por medio de oficio, que dicha Sociedad, en reunión general celebrada el día 2 de Enero, acordó facultar á su Junta Directiva para adherirse, dentro de lo que la permita su estado económico, á los trabajos que referentes á la Federación, lleva á cabo esta Asociación de Cazadores y Pescadores, y «La Cinegética» de Valencia.

CAZA Y PESCA, que tanto entusiasmo siente por la Federación, como probado lo tiene en sus repetidos alegados sobre ella, siente una gran satisfacción en dar cuenta á sus lectores del noble acuerdo que ha tomado la entusiasta Sociedad «El Fomento», pues es el primer grano de arena que se aporta para formar el montón, del que



ha de salir pujante y esplendorosa la tan anhelada obra de Federación.

CAZA Y PESCA tiene la seguridad de que este paso que ha dado la Sociedad «El Fomento» será imitada por todas las Agrupaciones, y muy pronto tendremos una base firme que sirva de cimientos para levantar nuestro inconvertible edificio.

## NECROLOGIA

Ha fallecido en Pontevedra el oficial del Cuerpo de Carabineros, D. José Buela Moreno, hermano político de nuestro querido amigo y entusiasta colaborador de esta Revista, D. Darío Alvarez Limeses.

Muy sinceramente lamentamos tan irreparable pérdida, deseando á su familia, y particularmente á D. Darío, la resignación necesaria para soportar esta pena.

## NOTAS DEPORTIVAS

### Futbol.

Partido celebrado el 21 del pasado mes.

El Campo de la Real Sociedad Gimnástica Española lo vimos convertido en el citado día en un verdadero campo de deportes; allí presenciábamos concurso atlético, luchas greco-romanas, boxeo y algo de futbol.

Lucharon los equipos de la R. S. G. E. y Racing Club.

El juego fué violento y llevado á un tren rapidísimo.

El Racing lo componían Pascual, Pelous, Tejedor, Fortunato, Equis, Montero, Pícazo, Roselló, Rey, Larrañaga y Escudero.

Y el de la Gimnástica, Somoza, Cordero, Aguado, Sáenz, Alcázar, Teja, Serrano,

Ulibarri (E.), Ulibarri (R.), Esquivias y Costa.

Un tanto se apuntó el Racing, que fué hecho preciosamente por Montero. Los gimnásticos, ninguno.

El juego lo llevaron muy divertido y variado, como que de todo se hizo menos de futbol pero no por eso dejó de tener interés el partido.

Al finalizar el encuentro invadieron el campo los..... (aquí un adjetivo á voluntad), agredieron á un jugador del Racing á mansalva y se quedaron tan tranquilos una vez cometida la salvajada.

Esa gente ineducada que va á los partidos tiene el decidido propósito de acabar con el futbol; pero los que sentimos entusiasmos por este sport hemos de procurar que no lo consigan.

### Pedestrismo.

Es muy original la carrera pedestre que organizada por la Sociedad «Cultural Deportiva» se celebró el día 22 del pasado mes.

El recorrido fué de 11 kilómetros.

Tomaron parte 35 corredores, de los 53 matriculados. Fué clasificado en primer lugar Ezequiel Montero, de la Cultural, que empleó cuarenta minutos y diez segundos.

En segundo lugar llegó Ramón de Adarraga, con cuarenta minutos treinta y siete segundos y dos quintos.

Y en tercero, Julián Encina, con cuarenta y un minutos.

### Golf.

En el partido celebrado el día 21 del pasado mes ganó el premio de D. Joaquín Santos Suárez la señorita María Luisa Olivares que luchó en la final con la señorita Rosario Agrela.